

IX.

El Juez se le reunió bien pronto. Iba solo con un escribano. Mandó cerrar la puerta, y sin más preámbulos, comenzó el interrogatorio:

— ¿Se llama V. Pedro Morlain? ¿Es V. francés ó hijo de padres franceses? ¿Vive V. en la calle de Villiers, núm. \*\*\*?

— Sí, señor.

— ¿Qué edad tiene V.?

— Veintinueve años.

— ¿Soltero ó casado? ¿Tiene V. hijos?

— Soy soltero, y no tengo hijos.



—¿Cuál es la profesión á que se dedica?

—Á ninguna.

—¿De qué vive V.?

—Mis padres me legaron una fortuna que me produce sesenta mil francos de renta.

—Según de público se dice, era V. el amante de la señora Vivian. ¿Es esto verdad?

—Es cierto. Fuí su amante hasta hace poco tiempo.

—¿De qué época data la ruptura de las relaciones que sostenían Vds.?

—Hace tres meses concluyeron.

—¿Por qué?

—Porque... porque no la amaba ya....

—Es una razón. Dejémosla por ahora. Luego la tomaremos en cuenta. Por el momento, quiero también aplazar el que me explique las respuestas que dió V. á varias preguntas que le dirigió el Comisario encargado por mí de su detención. Voy á limitarme á ampliar declaraciones de otros testigos. Según aseguran varios, entre V. y su querida no reinaba la paz: con frecuencia tenían Vds. reyertas más ó menos violentas.

—Es muy lógico. Entre amantes no se

llega á la total ruptura sin cuestiones previas.

—En alguna ocasión mediaron amenazas por parte de los dos. Afirman que un día Laura de Vivian le amenazó á V. con estas palabras: «Te juro que he de vengarme.»

—También es posible que sea cierto, aunque yo no lo recuerde. Las mujeres, cuando se enfadan, acostumbran perder su dominio sobre la lengua.

—Pero añaden los que afirman esto que V. no niega, que por su parte no era más calmoso que su contrincante. V. asimismo usó de amenazas cuando le respondió: «Pues ten cuidado, porque también yo sé vengarme....» Estas palabras son graves. Pueden significar mucho, y necesito que me las explique.

—No tienen más valor que las pronunciadas cuando no se tiene tranquilo el ánimo y se habla por hablar. Francamente, confieso que si eso dije, lo olvidé luego que la cólera dejó de dominarme.

—Parece que eso no es cierto. Ahora recuerda V. que habló de venganza....

—Señor Juez....



— ¿De qué venganza quiso V. hablar?

— ¡Pero si no lo sé!... Repito que tales frases no encerraban ni un ápice de razonamiento. En todo caso, no podían significar más que una amenaza de caballero. La de abandonar á mi querida sin más ambages, privándola de una compensación prometida de buena fe, como persistiera en disgustarme.

— ¿Cuál era la promesa hecha de buena fe?

— La de entregarle cincuenta mil francos para que viviese cómodamente mientras no pudiera volver al teatro con una buena contrata, que era su propósito.

— ¿Y le dió V. ese dinero?

— Sí, señor. Hace tres días, en billetes de Banco.

— ¿Fué alguien testigo de la entrega de ese dinero?

— No. Estábamos solos en el salón.

— ¿Lo guardó á presencia de V.?

— Sí, señor. En el cajón de un mueblecillo de estilo Luís XVI.

— Fué una imprudencia.

— Así lo creí, y le aconsejé que lo guardara en su alcoba, dentro de su ar-

mario de luna. Pero me replicó que si cerraba con llave este mueble, siempre abierto por costumbre, infundiría sospechas, mientras que en el otro, siempre cerrado, nada hacía suponer que contenía algo de más valor que lo que de ordinario contenía.

— ¿Pudo alguien enterarse de que el *bureau* guardaba una suma tan considerable?

— Lo ignoro, señor Juez.

— ¿Cree V. que Laura Vivian hizo esta confidencia á un amigo?

— No tenía amigos íntimos, y, por consiguiente, no sé que recibiera á nadie.

— ¿No se franqueó ni con su doncella?

— Tampoco lo creo. Era una mujer bien educada, quizás un poco altiva, y dudo que tomase por confidente á su criada. Si Aurelia supo que su ama había recibido cincuenta mil francos, debió ser porque sorprendiera casualmente el secreto.

— ¿Eso opina V.?

— Todo puede admitirse. V. mismo admite que yo soy un miserable asesino... — dijo Pedro, cansado de aquella nube de preguntas que le herían en el amor propio.



El Juez no hizo caso de este arranque del acusado, y prosiguió impasible:

— ¿De modo que afirma V. que hace tres días entregó á la señora Vivian cincuenta mil francos en billetes? Si esto pudiera probarse, le serviría mucho para demostrar su inocencia. Ese dinero, ¿lo tenía V. en depósito en alguna casa de comercio, en la de algún agente de cambio, ó en poder de algún hombre de negocios?

— No, señor. Esa suma estaba desde hacía mucho tiempo en mi casa, guardada en la caja de hierro que tengo en mi alcoba.

— ¡Es extraño! ¿Cómo V., persona prudente, guardaba en su casa una pequeña fortuna, siendo así que hoy todo el mundo tiene su dinero en casas de comercio, por ser esto más seguro, y es costumbre pagar con talones al portador hasta las cuentas, en cuanto son un poco crecidas?

— Alguna vez me ocurre tallar al *baccarat* en el Casino, y como para esto no sirven los talones contra la caja de una casa de comercio, necesito dinero contante para cambiarlo por las fichas si gano, ó pagar dentro de las veinticuatro horas primeras si pierdo.

— Habla V. del Casino donde juega, y donde, por consiguiente, suele ir con frecuencia (dijo el Juez con aire de indiferencia). ¿Es acaso el Mirlitón, en el cual pasó V. la noche de ayer?

— No, señor. No estuve anoche en el Círculo.

— ¡Cómo que no! Se lo dijo no ha mucho....

— ¿Á quién?

— Al Jefe de policía que le ha ido á buscar.

— ¡Ah! Sí. Ahora recuerdo. Lo dije maquinalmente, en contestación á una pregunta que juzgué sin importancia. No imaginé que, hablando conmigo el Comisario, llevara el propósito de someterme á un interrogatorio. Pero ahora que estoy delante de un Juez de instrucción, varían las circunstancias; debo decir la verdad sin alterarla nada, y por eso rectifico: anoche no estuve en el Círculo.

— ¿Dice V. eso por amor á la verdad, ó porque reconoce que sería muy fácil probar que hace quince días no va V. á ese Casino?

— Puede V. pensar lo que sea más de



su gusto, en la seguridad de que me tiene sin cuidado,—replicó Pedro Morlain con acento desdeñoso.

El magistrado juzgó que no debía darse por entendido, y se contentó con decir:

—Bien. Quedamos en que no estuvo V. en el Casino. Pero es indudable que en otro sitio pasó la noche. Dígame V. qué sitio es ese y qué hacía en él.

Morlain nada contestó. El Juez aguardó un momento, y al ver que no obtenía respuesta, añadió:

—¿No ha oído V. mi pregunta?

—Sí, señor.

—Entonces....

—Fuí á comer á casa de Bignon, que vive en la Avenida de la Ópera,—repuso Pedro con voz insegura.

—¿Solo?

—Sí, señor; solo.

—¿Puede probarse?

—Sin duda. El dueño y los mozos del *restaurant* me conocen todos.

—Y después, ¿qué hizo V.?

—Pasear por los Boulevards.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta las doce.

—¡Mucho paseo fué en una noche tan desagradable como la pasada!....

—También me entretuve hora y media, poco más ó menos, en el teatro.

—¿En cuál?

—En Variétés.

—Entonces se probará fácilmente la coartada. Allá le habrá visto á V. mucha gente.

—Puede ser. Pero, ¿por qué no pude pasar desapercibido?

—Porque es V. persona conocida entre los que forman esa sociedad que se llama, según ciertos periódicos, *todo Paris*, y que anoche, con motivo de estrenarse una obra, acudió en masa al teatro de Variétés. ¡No había V. pensado en este detalle!....

Dicho esto, el Juez se detuvo para observar el efecto de sus palabras, y al ver la manifiesta turbación de Morlain, añadió, cambiando de tono:

—Créame V. No se empeñe en extraviar la opinión de la justicia. No estaba V. en el teatro, como no estuvo en el Círculo, y de igual modo que se ha probado esto, se probará aquello....

Pedro de Morlain se levantó bruscamen-



te, cruzó los brazos, y exclamó con voz que revelaba una firme resolución:

—Acabemos, señor Juez. Es cierto. Ni estuve en el Casino, ni paseé por los boulevards, ni entré en el teatro de Variétés. He dicho todo eso.... por decir algo.... Pero no he de emplear más subterfugios inútiles para destruir el convencimiento que V. tiene sobre mi culpabilidad. ¡Cuando uno es inocente como yo, y no puede hablar para probarlo, se calla.... y por eso debí comenzar!....

—¡Ah! ¿Y cómo es eso? ¿Por qué no puede V. hablar? ¡Nada más sencillo que decirme cómo invirtió V. el tiempo ayer desde las seis de la tarde hasta las doce de la noche!....

—¡No lo haré!....

—¿Por qué causa?

—¡Porque.... porque.... ni puedo, ni debo.... ni quiero!....

—Bien. No insisto. Solamente le haré notar que el crimen cometido en la persona de la que fué su querida de V., se perpetró entre diez y doce de la noche pasada. Todo lo demuestra....

—Pero nada demuestra que yo vine

aquí á esas horas, ni que soy el autor del crimen que se me imputa. Yo no probaré dónde estuve, pero sí que no fué en este sitio.

—¿Cómo?

—¿Es aceptable la idea de que un hombre que frecuenta una casa por espacio de algunos años, entre en ella sin ser visto por alguno de los muchos que en ella le conocen?... ¡Me hubiesen reconocido! ¡La misma Aurelia me hubiera abierto la puerta!....

—Á las diez subió á su cuarto, y V. entró algo más tarde.

—¡Yo!....

—Un vecino lo afirma. Aquí está el extracto de la declaración, que le ha tomado el señor Comisario: «El señor Bertin, á quien creí deber preguntar si me vió cuando entré con el señor Morlain, me responde: Sí, y me pareció reconocer en él á la persona que entró en la casa cuando yo salía anoche á las diez y minutos. Tiene la misma estatura que aquélla, y el traje asemeja mucho al que llevaba el desconocido. El gabán es idéntico; sólo que ayer traía el cuello levantado.» Además (prosiguió el Juez, guardando la nota), coincide esta de-



claración con otro detalle. Cuando se puso V. el gabán para venir aquí, el cuello seguía como afirma el señor Bertin, y delante del Comisario lo dobló su ayuda de cámara. Todo esto son razones y pruebas contundentes.

Morlain nada respondió. Estaba realmente turbado.

— Señor Juez (exclamó por fin). Aquí hay un error. ¡Un funesto error!.... Porque ayer no vine yo á esta casa.

— Eso dice V.; pero las apariencias todas lo niegan.

Quedaba sólo el postrer golpe para que la convicción fuera completa. El Juez lo había reservado para anonadar al presunto criminal.

— ¿Quiere V. enseñarme la mano izquierda?—le dijo de súbito.

Pedro se la tendió maquinalmente.

— ¡Tiene V. herido el dedo índice!....

— Es un simple arañazo.

— ¿Cuándo se produjo esa herida ó arañazo?

— Ayer noche.

— ¿Con qué?

— Podría responder que con el alfiler

de mi corbata; pero me he propuesto decir la verdad, y no me arrepiento.

— Pues bien; diga V. la verdad.

— No. Prefiero no decir nada.

El Juez intentó un último esfuerzo.

— Es V. muy inteligente, y debe reconocer la gravedad de su situación. Todos los indicios señalan en V. al asesino de la señora Vivian: y, en lugar de defenderse, en vez de confesar el delito ó probar su inocencia, se encierra V. en una reserva perjudicial porque irrita, y que nada bueno puede reportarle.

— Lo sé, y harto me duele; pero persisto y persistiré en mi silencio. No debo hablar.... y no hablaré.

— ¿Es esa la última palabra?

— La última.

— Entonces no extrañará V. que le mande prender.

— No. Muy al contrario. Lo espero hace ya unos cuantos minutos.

Poco después del mediodía, luego de verificarse un registro en el domicilio y á presencia de Morlain, fué éste conducido al Depósito.